

MADRID, FERIA DE SAN ISIDRO

El Cid no fue El Cid; ni Victorino, Victorino

Victorino / Ferrera, Chaves y El Cid

Seis toros de **Victorino Martín** serios y muy bien presentados, blandos y manejables en general; los mejores, cuarto y sexto, el más bravo; el cuarto, el más complicado.

Antonio Ferrera: Silencio (pinchazo y media estocada) y silencio (media estocada y dos descabellos). **López Chaves:** Protestas (bajonazo) y protestas (estocada). **El Cid:** Ovación tras aviso (metisaca, media estocada y descabello) y oreja tras aviso (pinchazo y estocada).

Plaza de Las Ventas, lleno hasta la bandera en tarde lluviosa, soleada y nubosa.

JAVIER VILLÁN

MADRID.- La conjunción de Manuel Jesús El Cid, las Ventas y Victorino Martín, se espera siempre en el universo taurino con el mismo asombro con que los astrólogos esperan la conjunción de los astros. Para que determinados fenómenos planetarios se produzcan es necesario que ciertas órbitas coincidan. Más o menos, y generalizando por aproximación, pues uno no está demasiado puesto en las cuestiones celestes. A uno le basta con estar enterado de las cosas taurinas para ir tirando y -dicho sea sin ánimo de ofender- con bastante solvencia en el espinoso mundo de la crónica taurina.

Con todo, esa conjunción anunciada líneas arriba -su armonía, quiero decir- estuvo amenazada desde los primeros capotazos. El victorino, quizá el más noble de la corrida, pisó al Cid que se dolió visiblemente; luego, en la muleta le golpeó en la pantorrilla con la pala del cuerno y, finalmente, al entrar a matar, volvió a pisarlo o, por lo menos, a achucharlo malamente. Malas vibraciones, pues, que rompieron el entendimiento entre toro y torero.

Lo que no se rompió fue la comunión del Cid con el público, extasiado éste, todavía, en el recuerdo de los portentosos naturales del otro día, la Puerta Grande clausurada con el cerrojazo de un pésimo estoque. Y si malas vibraciones frustraron la voluntad individual del Cid y la colectiva de los tendidos, peor



Afrolado de El Cid con la muleta en el sexto toro de la tarde, ayer, en Madrid. / JULIO PALOMAR

fue el desconcierto de López Chaves y los banderazos y las carreras de Ferrera. El de Ibiza se jalea a sí mismo, aunque ese *jaleo* no lo compartan los tendidos.

Bache interminable

En esto de la autoestima, en la cosa del toro, como en las demás cosas de la vida, la excelencia no nace de la autoproclamación. La excelencia nace de los lectores y de los aficionados. De nada vale proclamar a los cuatro vientos *yo sé, yo soy muy bueno, yo soy el mejor*, si luego los lectores y aficionados tienen otras preferencias y son otros a los que dirigen sus alabanzas. Pocas alabanzas mereció ayer Ferrera y muchas menos todavía Domingo López Chaves, que está pasando un bache, que ya parece socavón interminable y profundo.

Sin aficionados proclives, o sin lectores, de poco vale una supuesta

sabiduría. En cualquier caso, los caminos para acceder al conocimiento son numerosos y diversos.

Para saber de pintura no es necesario ser pintor; y para entender de toros no es imprescindible haber sido torero o aficionado práctico. Además de conocer los fundamentos técnicos, para escribir de toros, hay que saber escribir. No es lo mismo redactar que escribir. Redactar está al alcance del cualquiera, escribir es otra cosa; y no es lo mismo torear que dar pases.

Torear, por supuesto, es también otra cosa. No es torear, por ejemplo, lo que hicieron Antonio Ferrera y López Chaves. Antonio Ferrera empieza a contagiar a su muleta el ritmo acelerado y progresivo que impone en las banderillas. Esa aceleración vertiginosa, rematada con pasos de danza, le da buen rédito en los palos; mas le descalifica como muletero.

Al menos ayer. Y López Chaves ni

acelera ni se para. El salmantino está en un peligroso *stand by* que no conduce a nada. Lo que más se aproximó al arte de torear, aunque lejos del Cid genuino, fue Manuel Jesús: a años luz del torero que conmovió a las Ventas del Espíritu Santo hace unos días.

Las malas vibraciones, la descoordinación de los astros, parecieron recomponerse en el que cerraba plaza. Se restableció la conjunción y dos tandas de naturales soberbios, arrastrados, suavísimos y templados, revelaron que El Cid podía sobreponerse al infortunio. Pese a la evidente cojera, el de Salteras volvió a exhibir una izquierda majestuosa y plena. En cambio, fue clamorosamente desbordado por la derecha. Ni El Cid fue El Cid, ni Victorino Martín fue Victorino. Mas la plaza compasiva y tolerante, otorgó una oreja a su héroe y aplaudió algunos toros de su ganadero estrella.